

La entraña religiosa de toda filosofía.

La criptorreligiosidad de los laicismos

Pablo López López

Resumen

Filosofía y religión, como experiencias, o filosofía y teología, como disciplinas, son diversos modos de expresar una misma búsqueda de la verdad más profunda y global sobre la vida humana y la realidad. Por ello, toda filosofía late con un corazón de busca del absoluto, posee una entraña religiosa. Esto explica la religiosidad escondida de los sistemas laicistas.

Abstract

Philosophy and religion are different ways of expressing the search for the deepest and broadest truth about reality and human life. Therefore, the core of Philosophy is a search for the absolute. Philosophy has a religious heart. This is why secularist philosophical systems conceal a religious tendency.

D) Las entrañables religión y filosofía

Muchos esquemas raídos, absurdos y meramente convencionales deben saltar por los aires. No puede detenernos que procedan de simplificaciones de padres de la Iglesia o que hayan sido explotados por las vacas sagradas del laicismo. Su simplismo y su potencial manipulador exigen su superación, aunque no haya campañas publicitarias a favor de tan necesaria higiene mental.

En especial *el mero planteamiento esquemático de las supuestas relaciones «fe-razón» provoca un pseudo-problema* de graves consecuencias prácticas en la vida humana. Ambos conceptos ni se pueden confundir ni se pueden separar. No hay razón sin fe ni fe sin razón. Lo veremos. En todo caso, la religiosidad ha de reconocerse como otro de los campos de la actividad racional humana. No cabe un dilema de partida entre «religión» o «fe» y «racionalidad», pues no existe ninguna religión al margen de una profunda racionalidad. Lo

que sabe cualquier antropólogo cultural, ¿no hemos de reconocerlo hoy los filósofos? No puede exigirse demostrabilidad a la racionalidad religiosa cuando no se la exigimos a otros muchos campos culturales que sí admitimos como racionales. La mayor parte de lo racional no se demuestra.

No nos amilanamos ante el tópico enquistado y salmodiado en cátedras y congresos, en periódicos y escuelas. Aquí nos proponemos ubicar la religión, en su sentido genuino, como corazón de toda experiencia filosófica: *¡la entraña de toda filosofía es religiosa!* La filosofía es búsqueda del absoluto. Sí, incluidas las filosofías «ateas», que en algunos aspectos son las más religiosas y absolutizadoras. No nos quedemos en la apariencia y en la retórica de las palabras. Los filósofos, como el resto de los humanos, no siempre pueden o quieren dar sincera cuenta de lo que realmente piensan y proponen.

En la misma línea de unidad filosófico-teológica, también hacemos valer que *la entraña de toda «religión» es filosófica*. Toda religión es una orientación sobre las últimas verdades del todo. Las religiones son filosofías vividas íntima y comunitariamente con un explícito culto hacia el Absoluto. Son filosofías practicadas y solemnemente celebradas por el pueblo. Por su relevancia histórica las principales religiones son las filosofías principales.

Salta a la vista que hoy todo esto choca con lo que tanto los pensadores «religiosos» como los «irreligiosos» sostienen habitualmente. Habrá que redefinir con más profundidad «filosofía» y «religión» para redescubrir su unidad originaria. Así descubriremos que *filosofía y religión son recíprocamente entrañables y se unifican en la experiencia unitaria y profunda de humanidad*. Podemos tomar filosofía y religión como experiencias, o filosofía y teología como disciplinas, pero en todo caso indican la misma búsqueda básica de la verdad fundamental hasta las puertas del misterio.

Mucho se ha escrito y se puede escribir sobre cada uno de estos dos conceptos. Pero desde el principio deseo que se pueda captar la común entraña que anima y constituye ambas nociones. Se dice que las religiones se distinguen por centrarse en la búsqueda y atención de lo divino. Esto equivale a que buscan ante todo lo absoluto en el conjunto de la vida humana y de lo real. La religión es, en última instancia, la búsqueda y cultivo de lo absoluto. La religión surge como tendencia humana universal, mientras que las religiones son la concreción histórica y cultural de tal tendencia al absoluto del «homo sapiens» en cuanto «sapiens». Aquí converge todo el empeño filosófico de búsqueda del porqué último del todo, de lo absoluto, de

aquello incondicionado, que de nada depende y de lo que todo depende. *Lo absoluto, o para la mayoría «el Absoluto», constituye la común entraña del pensamiento y de la experiencia que, según las convenciones, a veces llamamos «filosofía» y a veces «religión» y «teología».*

Ahora bien, lo absoluto no queda en las nubes, sino que orienta todo lo relativo. Necesitamos una equilibrada relación práctica entre lo absoluto y lo relativo, evitando así absolutismos y relativismos, sacralismos y laicismos. La aproximación a lo absoluto vertebrata la historia. *Una mínima comprensión de lo que desde la tradición cristiano-latina se ha venido a denominar «religión», es la clave para comprender las culturas, la antropología y la filosofía.* Lo que se denomina «religioso», marca mucho más que cualquier otra dimensión cultural a los pueblos. Esto no comporta un olvido idealista de lo material, pues hasta el dinero se emplea a partir de lo que se considera absoluto. Sin olvidar la pluralidad religiosa, con razón los pueblos son generalmente caracterizados por su religión mayoritaria e histórica: como budistas, musulmanes, cristianos (católicos, ortodoxos, protestantes), hinduistas, judío, etc. En cambio, no cabe caracterizar con términos «filosóficos» los pueblos: no hay pueblos platónicos, aristotélicos, tomistas, cartesianos, marxistas o existencialistas. Las doctrinas convencionalmente consideradas «filosofías» sólo influyen desde un plano más bien académico y de élites intelectuales, con muchas más disensiones internas que las «religiones». Lo que más marca la cultura y la identidad de un pueblo y de sus personas, es su identidad religiosa y su idioma. Ningún otro rasgo (artístico, económico, político, etc.) define con semejante permanencia y profundidad a los humanos.

El mayor éxito popular de las «religiones» sobre las teorías «políticas» o «filosóficas» no estriba en ser más o menos «dogmáticas», «violentas» o «emotivas», sino sencillamente en ser más racionales en conjunto. Cabe hacer una pormenorizada comparación sobre la real racionalidad de sistemas «religiosos» y «filosóficos». En principio, ya orienta el que la gente no es tonta. Con frecuencia encontramos movimientos sociales insensatos y hasta disparatados, pero es difícil que un pueblo que sobrevive y progresa, se mantenga durante siglos optando por una racionalidad desatinada, un puro absurdo o un pueril espantamiento.

II) *La actualidad de la racionalidad religiosa*

Además de ser entrañables entre sí y de constituir la entraña humana, lo filosófico y religioso mantiene su actualidad, sobre todo lo que llamamos «religión». *La religión no es una moda, pero mantiene su perenne actualidad.* La moda es esa actualidad efímera, grandilocuente e invasiva. Es una efervescencia consentida, comprensible hasta cierto punto. En cambio, la actualidad de lo religioso es discreta y renovada desde diversos aspectos en lo público y en lo íntimo.

Sin embargo, bastantes miopes corrientes contemporáneas de filosofía no lo admiten, aunque no les salga gratis. *La actual decadencia general del pensamiento profundo, denunciada y reconocida desde muchas instancias, radica en esta incompreensión y desprecio de lo «religioso».* ¿La dispersión y la incomunicación entre las actuales corrientes filosóficas, su esterilidad propositiva, su alejamiento de las prioridades humanas contemporáneas, su extendido carácter áulico y acomodaticio no reclaman una revolución y una revisión radical de sus conceptos más manidos? El pensamiento contemporáneo se vería muy revitalizado si se cultivara más el pensar religioso y sobre lo religioso. La filosofía actual conectaría mejor con las profundas aspiraciones de la gente de hoy.

De hecho, *no es cierto, como se afirma, que «hoy la religión ya no interesa, sobre todo a los jóvenes».* Podría aceptarse si nos creyéramos que todo el planeta es como parte de las actuales poblaciones de Europa, Canadá y Japón. Pero incluso en estas limitadas zonas bastante secularistas sólo sería cierto parcial y superficialmente. Tomemos dos hechos de actualidad: una de las últimas canciones ganadoras de Eurovisión y el libro-película superventa «El código Da Vinci». Unos finlandeses disfrazados de monstruos vencieron con la canción «Hard Rock Hallelujah». Su letra gira en torno a la salvación eterna. Igualmente está centrada en la temática religiosa la novela de intriga gnóstica de Dan Brown. Y tengamos en cuenta que es más bien joven la media de edad tanto de los millones de europeos que votaron por los fineses, como de los millones de personas que por todo el mundo devoran en el metro o el autobús las fantasías de Dan Brown. ¿Y quién congrega y compromete a más jóvenes que las Jornadas Mundiales de la Juventud con el Papa o los encuentros ecuménicos de Taizé?

La cuestión no es si la religión interesa o no. Desde que el hombre es hombre ha interesado al máximo. *La cuestión es qué tipo de religiosidad se vive.* Hasta los pensadores y las dictaduras ateas esconden una religiosidad centrada en algún ídolo o en alguna imagen

del ser humano. Con razón ha podido decirse que el marxismo es una «religión atea», pues el marxismo es ateo respecto de la divinidad trascendente, pero de hecho absolutiza el Estado y endiosa retóricamente al proletariado. En general, la cuestión es qué madurez o cultura religiosa muestra una sociedad en un momento dado. La gente no se diferencia por decirse «creyente» o «no creyente», pues todos tenemos que creer casi todo lo que consideramos cierto. La diferencia está en ser creyente o ser crédulo, y en la razonabilidad y madurez como creyente, ya se sea más o menos trascendente.

Pues bien, de acuerdo con los ejemplos anteriores y otros similares, *la madurez religiosa y moral de nuestras sociedades consumistas es ínfima*. Y no es de esperar una recuperación pronta, en vista de cómo se planea el sistema educativo en países como España o Francia, con la clara intención de infantilizar y dominar al pueblo en esta área clave del humanismo. ¡Por no hablar de la tendenciosidad anticristiana y antihumanista en muchos medios de comunicación!

La revitalización del pensamiento espiritual no puede reducirse a tarea de élites o expertos. *Hay que favorecer la cantera dando un digno puesto al estudio y a la información sobre los principales aspectos religiosos a lo largo del sistema educativo y mediático*. Deben mantenerse en la enseñanza secundaria materias de historia general y de la filosofía, del arte y de la música, pero con mayor razón debe universalizarse la enseñanza de la historia de las religiones, sobre todo de las más influyentes en cada cultura. Más que la filosofía de élites o el arte nos caracterizan e influyen las religiones y sus negaciones. En nuestras sociedades multiconfesionales conviene también asignaturas que desarrollen de modo sistemático y no meramente histórico la identidad y las aportaciones culturales de cada religión, según la libre elección de padres y alumnos. Pero me temo que no las razones, sino los intereses inconfesables están impidiéndolo. Desgraciadamente, interesa a muchos una juventud adocenada.

Pese a los sistemáticos intentos de anularla o sustituirla por sucedáneos, la religión sigue interesando porque está en el meollo de las preguntas y experiencias más vitales. *La pena es la inmadurez y la frivolidad con la que se trata lo religioso en nuestras sociedades consumistas*. También en lo religioso necesitamos usar más y mejor la inteligencia, yendo más allá de tópicos autocomplacientes.

En efecto, frente a tanta sinrazón antirreligiosa lo primero por redescubrir es la profunda racionalidad religiosa. Nos han martilleado el tímpano y el cerebro con que la religión se reduce a sentimentalismo y a «fe», supuestamente muy alejada de «la razón» y de «la cien-

cia». Pero al menos la fe o confianza cristiana, que es una completa vivencia de esperanza y amor, parte de un hondo acto de razón abierto a la seducción amorosa de Cristo. *La fe cristiana es razón enamorada de Cristo*. Es razón profunda profundamente enamorada. Puede no compartirse, pero no es honrado tergiversarla.

En realidad, el mismo ataque a la religión se vuelve muy dogmático y arbitrario. En cambio, los auténticos representantes de una religiosidad madura han demostrado con creces sus aportaciones históricas a la filosofía, la ciencia, el arte, la convivencia social y a la cultura en general. ¡Sacudámonos el miedo a encontramos con lo más íntimo de nosotros mismos como personas y como culturas! Los maestros de espiritualidad han enseñado a lo largo de los siglos, desde San Agustín a los sufíes, que nada es más íntimo que Dios. El Señor de los cielos, del que nos hablaban los filósofos griegos, resulta el Señor de los corazones, de quien nos hablan los clásicos de la mística. Necesitamos razón, ciencia y fe, pero estamos hartos de racionalismos, científicismos y fideísmos, que son muy parciales y extremistas. En fin, ya está bien de paraísos artificiales y modas efímeras. *Nada tiene más actualidad que lo eterno*. ¡Más Dios y menos prozac! Sin complejos ni timideces, que hay barra libre. Seremos más felices y humanos¹.

III) El confinamiento de la denominada «religión»

Sorprenden, como decíamos, la superficialidad y la tendenciosidad con la que se aborda realidad tan profunda y universal. Una

¹ La calidad racional de un texto filosófico no estriba, como muchos creen, en el número y la autoridad de las citas o en otros formalismos académicos, sino en la propia fuerza argumentativa, en la profundidad, en la originalidad y en la orientación práctica que se pueda derivar. Según el rancio academicismo imperante, que nada hace justicia a la Academia originaria, habría que invalidar la inmensa mayoría de las principales obras filosóficas de la historia, insumisas a tales encorsetamientos. Aquí no vale la excusa de «la adaptación a los nuevos tiempos» o a «los modernos criterios científicos», que en filosofía vienen establecidos según los intereses o las rutinas de cada grupo. Por lo general, quien se parapeta en formalismos o legalismos académicos, es el que tiene pocos contenidos que aportar.

Por ello, tampoco se puede imponer una doble vara de medir en cuanto a la propuesta enfática de un mensaje, aun cuando sea «religioso». Nadie descarta como filósofo a Nietzsche por predicar «la muerte de Dios». No se nos margine por proponer algo en sentido inverso. De la historia hemos aprendido que la proclamación de «la muerte de Dios» comporta mucha muerte del hombre, que sí es mortal, doblemente mortal.

razón básica de esta frivolidad es *la desorbitada creencia de que «lo religioso» constituye un área muy acotada o diferenciada respecto del resto de la vida*. Pero no es así. Es tan difícil ser muy religioso como dejar de serlo del todo, aunque se oculte. Todos, en tanto pensemos, somos «creyentes» en algo indemostrable y supremo, si bien muy pocos lo son con plena coherencia y madurez. Cuanto más se pretende reprimir y confinar lo que se cree «lo religioso», más reaflorea. A veces la religión reaflorea purificada por la prueba de la persecución, pero en otras ocasiones resurge deformada o degenerada en superstición. Malo es reprimir los instintos, pero peor es reprimir el espíritu.

Según lo indicado, existe «la religión» como existe el lenguaje, el arte o la política, esto es, como dimensiones universales de la humanidad. Somos seres verbales, estéticos, políticos. Y *somos religiosos, buscamos lo absoluto, porque somos racionales*. Nuestra racionalidad es mucho más que instrumental y nos lleva a plantearnos y cultivar el sentido global de todo, lo absoluto.

De ahí que no tenga sentido plantearse si en bloque la religión es buena o mala. Como en arte, política o uso del lenguaje, hay de todo. Para valorar hay que pasar a las concretas religiones en sus diversas tendencias y manifestaciones, que prácticamente cubren toda la cultura. *No todo es religión, pero la religión está en todo, discreta o manifiesta*. Confinarla es malentenderla.

Tal confinamiento o reduccionismo se alimenta de que mucha gente y muchos «intelectuales» se sienten sobrados de conocimientos y juicios sobre «lo religioso». La triste realidad es una ignorancia extrema y un confucionismo muy propagado. Muestra de necesidad es que de continuo se lancen juicios sumarios sobre «la religión», como si todas las religiones fueran iguales o una unidad compacta a la que atribuir méritos y, sobre todo, deméritos indiscriminadamente. En principio, como tendencia humana universal ha de valorarse en positivo, si somos humanistas y confiamos en lo humano. *La dimensión religiosa es síntesis de nuestras facultades superiores, intelectual-volitivas. Como tendencia es muy apreciable. Pero lo que es necesario diferenciar es el valor histórico que cada religión ha aportado*. Esto no puede valorarse en bloque.

No es casual este orillamiento de lo religioso, en contra de la mayoritaria inclinación popular. *Todo el deformante arsenal retórico del laicismo apunta a aislar o confinar el hecho religioso*. Lo encuadrado en lo «religioso» es tratado como una excrecencia cultural propia de una antigualla del pasado, sólo apta para nostálgicos sentimentalistas

y mentes débiles. El presunto hombre «autónomo», «emancipado» y «moderno» debe ser por fuerza el hombre alejado del imaginado «normativismo dogmático», exclusivo de un rígido «islote» llamado «religión». La denominada «fe» se presenta como muy distinta y distante de la razón. Se tiende a oponer Estado e Iglesia. El rico pluralismo social es reducido a cierto sentido sesgado de «progresismo» frente a un supuesto chivo expiatorio denominado «conservadurismo», comodín culpable de todo error e injusticia. De ahí que sólo obtienen la bula laicista los «creyentes» acomodados a sus tesis y orlados con el salvoconducto de «progresistas». En cambio, quien es razonablemente fiel a su religión, viene denostado como «ultra». El círculo de confinamiento de «lo religioso» se estrecha más atribuyéndole en exclusiva el calificativo de «confesional». Su única parcela de existencia tolerable sería la estrictamente privada, y por que ésta es difícilmente perseguible.

Más que ninguna otra área más o menos delimitable de la existencia humana, se generaliza abusivamente el término «religión». Se insiste en descripciones y valoraciones universales que imaginan todas las religiones como prácticamente intercambiables. *La religión es presentada o identificada con rasgos que no le son específicos o exclusivos*, como el de «creencia», «rito» o «moral». También se exagera, en sentido opuesto, la diversidad de las filosofías. Se ha popularizado la creencia de que cada filósofo piensa algo distinto en cada cuestión, por lo que la filosofía sería el terreno del puro diletantismo. Esto es falso. Ahora, si no proporciona crédito a la filosofía, al menos la salva de los desprecios globales a que la religión es sometida por medios de comunicación y por la población laicistamente adoctrinada. La dispersión filosófica se explicaría por la total libertad de pensamiento de los filósofos (olvidando las presiones a las que han estado y están expuestos) frente a las supuestas estrecheces dogmáticas del pensamiento religioso. De hecho, a menudo se utiliza la palabra «pensamiento» para dar cuenta de la filosofía, mientras que para la religión suele reservarse la noción de «creencia», ¡como si en religión no se pensase y en filosofía y otros saberes no se partiera de creencias!

Para azuzar la polémica antirreligiosa, cuando conviene, también se resaltan y exageran las diferencias entre las religiones y entre las confesiones dentro de una misma religión², llegando al reiterado

² Dentro de las comunidades religiosas también se incurre en este error. Así, por ejemplo, con frecuencia puede oírse hablar de «la religión católica». Puede

disparate de que casi todas las guerras se deben a esa unidad imaginaria llamada «religión». Se supone que la religión es muy uniforme en su esencia y sus culpas, pero muy dispar y arbitraria en sus concreciones históricas. Lo único cierto es que las guerras y las violencias se deben a la falta de verdadera religión y a la absolutización de valores inferiores a la dignidad de la persona, esto es, a la idolatría. *Lo religioso no surge tan uniforme en cada persona y en cada pueblo, ni es tan dispar en sus recorridos históricos.*

Es significativo cómo de un modo casi imperceptible se exagera por contraste la diversidad de las religiones frente a la supuesta unidad de las otras áreas de la cultura. Acabamos de lamentar la percepción de que la filosofía es tremendamente dispar en la historia. Sin embargo, la convención ha establecido que se hable en singular de «historia de la filosofía», «del arte», «de la política», «de la ciencia» o de lo que sea, pero que se use el plural al decir «historia de las religiones». No es ni por eufonía ni por casualidad, aunque estemos tan acostumbrados, que ni le damos importancia a esta «excepción» terminológica. ¿Por qué no «historia de las filosofías», «de las artes» o «de las ciencias»? Se pretende recalcar la diversidad, la subjetividad y el desacuerdo entre las religiones. En fin, según interesa, *se exagera el uniformismo de lo religioso para atribuirle en bloque culpas sin cuento o una caracterización simplista y emotivista, o bien se exalta la diversidad y el desacuerdo entre las religiones. Ambos extremos comparten el desprecio por la gran racionalidad religiosa.* Despreciar la racionalidad siempre es irracional.

alegarse que es una simplificación, pero en este caso es una simplificación muy desorientadora. No existe «la religión católica» o «la religión ortodoxa» y mucho menos «la religión protestante», que ni siquiera posee la mínima unidad que permita hablar de «la Iglesia protestante» (aún menos puede existir «la religión anglicana» o «la baptista»). Tampoco existe «la religión sunní» o «la religión chií». En lugar de todo esto *existen la religión cristiana y la religión islámica.* No podemos confundir género y especie. En todo caso, las distinciones dentro de una misma religión son confesiones, comunidades o ramas de sus respectivas religiones. Personalmente estimo que en el caso de la religión cristiana o evangélica el tronco está constituido por el núcleo católico-ortodoxo (incluyendo a «vetero-católicos»), mientras que anglicanos y demás protestantes son diversas ramas y subramas. Desde el punto de vista cristiano el judaísmo es la misma religión cristiana en su fase primera o preparatoria. En cambio, el islam se entiende como combinación árabe de elementos judíos y naturalistas.

Aún peor es el encasillamiento politizador dentro de una misma confesión entre supuestos «conservadores» y «progresistas». Ni Jesús ni sus primeros seguidores pudieron ser reducidos a semejantes categorías simplistas. Tampoco los actuales cristianos pueden ceder a tal taxonomía desfiguradora.

Antes que irracional es provinciano suponer que la categoría tan delimitada de «religión» ha existido siempre y se da en todas las culturas. Muy al contrario, «religión» es un término surgido en un pueblo tan religioso como el romano antiguo y que después desarrolló y depuró la cultura cristiana. Ni el hebreo ni el griego, idiomas de la Biblia, cuentan con un término que diferencie igual que «religión». El árabe y coránico «din» tampoco equivale exactamente. Que las demás culturas no diferenciasesen tanto como el latín cristiano, se debía a que concebían lo religioso como realidad transversal, presente en todo (en el deporte, la guerra, la ciencia, la medicina, la filosofía, la familia, los funerales, las fiestas, el arte, las leyes, etc.). Diferenciar puede ayudar, pero también puede levantar muros ficticios. *La revolucionaria diferenciación judeo-cristiana entre lo sobrenatural y lo natural animaba a distinguir lo religioso en tanto sobrenatural, en tanto acontecimiento de gracia divinizante³. Pero con el tiempo esta distinción ha sido desorbitada por el laicismo*, que ha hecho de la distinción complementaria una artificiosa oposición dilemática.

IV) Criterios de veracidad de una filosofía o religión

La elección principal que todo humano mínimamente maduro debe hacer, no es la simplista entre ser o no religioso, pareciendo lo de menos la particular religión que se siga. Ya hemos explicado que la religión no es ese bloque uniforme propio del pasado y del que un humano puede prescindir alegremente. No es uniforme, es muy

³ El criterio básico para ser judío es nacer de madre judía. El criterio básico para ser musulmán es el mero hecho general de nacer. Judaísmo e islam parten de un hecho natural, aunque para los judíos hay una particular distinción fruto de una particular elección de su pueblo para una misión universal (la acogida del Mesías). Ser judío supone una gracia y una misión especial, más allá de lo asignado a la naturaleza humana. El islam, aun contando con la transcendencia monoteísta, aplica a sus miembros un criterio naturalista o pagano de pertenencia: el mero nacimiento. Por ello, el hacerse musulmán se expresa como «reconocerse musulmán». Por ello, en el islam cuesta tanto diferenciar lo religioso y lo no religioso. En cambio, *ser cristiano parte de un evento de gracia sobrenatural dada en el sacramento del bautismo. Cuando alguien se hace cristiano, se habla de «conversión», esto es, de una completa transformación espiritual fruto de la gracia divinizante*. Una consecuencia es que en la cultura cristiana surgiera la neta distinción laica y armónica entre lo político y lo religioso. Por el contrario, el laicismo sacraliza la política al sacralizar el Estado, mientras que el islamismo politiza la religión al imponer como ley política la sharia.

actual y pertenece a la esencia racional humana. Desde un sentido amplio y profundo de «religión» como adhesión a una idea de absoluto, a un valor supremo y de cierta transcendencia, todos somos religiosos. También encierran religiosidad los más aguerridos militantes del ateísmo, cuyo espíritu misionero ya lo quisieran para sí algunos predicadores monoteístas. Tanto Zoroastro como Zaratustra son predicadores religiosos. *La cuestión clave, que no puede seguir obscurecida, es cuál religión abrazamos*, qué filosofía del absoluto queremos vivir, en quién confiamos en ultimísima instancia. O, pasando a un sentido muy estricto de verdadera religión y de religión verdadera, la cuestión se precisa así: cuál es la religión revelada y cuáles son, en cambio, meras teorías y códigos culturales humanos sobre lo divino.

La respuesta no puede orientarse más que desde estas premisas: la filosofía verdadera sobre el Absoluto, *la verdadera religión y religión verdadera es la que a la vez sea la más humana y la más divina*. La más humana, porque la hemos de vivir humanos, de suerte que nos humanicemos al máximo. Y la más divina, transcendente y absoluta, porque ha de ser auténtica y plena religión. Habrá de ser la religión, la filosofía, la sabiduría, el mensaje, la experiencia vital del Dios más transcendente que a la vez más se haya humanado. Habrá de ser la propuesta (si fuera imposición, se negaría a sí misma) que a un tiempo más nos humanice y divinice, como individuos, familias y comunidades. Si nuestra máxima dignidad se cifra en nuestra categoría personal, será el estilo de vida y de muerte acorde con el Dios más personal y que más desarrolle nuestro ser personas. Así, estudiemos más de cerca los conceptos de filosofía y religión y sobre todo los criterios de veracidad de una filosofía o religión. Nuestra principal elección vital debe ser lo más racional posible. Sólo así el sentimiento pisará sobre tierra firme.

Una religión es una filosofía de vida⁴ que explicita un teocentrismo seguible popularmente por generaciones. Las convencionalmente llamadas «filosofías» o escuelas filosóficas no son menos indemostrables que las llamadas «religiones» (concepto del ámbito cultural latino-cristiano), y se alejan más veces de un mínimo sentido común (dicho sea con el máximo fervor por todo lo filosófico). A diferencia de las llamadas «religiones», carecen, salvo parciales excepciones, de

⁴ Toda filosofía debe intentar orientar el conjunto de la vida humana, pero conviene esta precisión para distinguir frente a ciertos tratados muy especializados y monográficos de filosofía profesional, que con frecuencia olvidan el conjunto vital.

un masivo y continuado seguimiento popular. Por tanto, carecen de un amplio desarrollo cultural y cultural. Con todo, el objetivo y la temática última coinciden en las «religiones» y «filosofías»: el sentido de la vida humana y del universo. Las ciencias empíricas pueden explicar el «cómo» de muchos procesos, la descripción causal de amplias secuencias de eventos. Pero el porqué básico y global pertenece a la racionalidad filosófico-religiosa, expresada en sus diferentes géneros literarios entre los que el mito es uno más.

No hay ni habrá filosofía alguna que no descansa sobre premisas indemostrables, llamémoslas «axiomas», «dogmas» o «presupuestos». Además, dichas «premisas» señalan directamente o apuntan a la larga a algún ser o valor absoluto. No hay más diferencia con las «religiones» o filosofías muy explícitamente religiosas que: (1) la sinceridad de éstas al reconocerse tales; (2) el mayor seguimiento popular de las mismas; (3) o a veces la arbitrariedad de quienes establecieron el canon de lo que eran filosofías o religiones. *Ninguna filosofía o religión se nos impone demostrativamente. Estamos libres ante ellas. No obstante, no todas argumentan con la misma verosimilitud.*

Veamos, pues, esquemáticamente un conjunto de *criterios de veracidad para discernir sobre las propuestas globales de verdad última.*

- (A) *Racionalidad básica*: Coherencia orgánica, autocrítica radical y autoconciencia epistemológica.
- (B) *Racionalidad superior*: Amplitud temática, equilibrio y profundidad.
- (C) *Aportación y Apertura*: Originalidad intelectual y vivencial, humanismo y humanitarismo, colaboración e interculturalidad.
- (D) *Universalidad*: unidad (espacio-temporal), objetividad y subjetividad (amplias y armonizadas), atractivo y belleza.

La filosofía, religión o sabiduría vital que ofrezca más en estos cuatro aspectos puede ser considerada la más verosímil y humanista.

V) *La criptorreligiosidad de los laicismos*

La falacia laicista se sustenta en que sólo «la religión» se apoya en credos «dogmáticos» y «heterónomos» (credos tachados como coartadores de libertad) y en que lo religioso es un área muy limitada o confinable de la vida y de la historia. Los medios laicistas, y a veces los religiosos, recalcan que el mundo se divide en «creyentes» y «no

creyentes⁵. Hacen creer que basta decirse «ateo» o «agnóstico», negando o cuestionando sólo ciertas imágenes de lo divino, para ser neta y definitivamente «irreligioso». Otros también se engañan creyendo que el cumplimiento formal de ciertos ritos los modela como netas personas religiosas. Ahora bien, *la entraña religiosa es tan humana, que se balla en lo más bondo y permanente de cada persona y pueblo que aún vivan con un mínimo de humanidad*. Distinto es el grado de inteligencia y humanismo con el que se viva esa humanísima entraña humana y filosófica.

En todo caso, *la religiosa es la dimensión más alta de nuestra libertad*. En ella decidimos poner nuestra confianza primera en lo que da el sentido a nuestras vidas, en lo absoluto o supremo. De ahí que no se desarrolle con un mero costumbrismo. La religión ni se afirma ni se niega de modo simplista; ni se destruye ni se recrea fácilmente. Es como la humanidad de las personas.

Sólo desde una visión superficial del hecho religioso o desde sectarios intereses hegemónicos puede seguirse manteniendo el artificioso dilema entre filosofía y teología o entre filosofías «religiosas» y filosofías «no religiosas». Las «filosofías religiosas» pueden purificarse por medio de un «ateísmo metódico» que niegue las falsas imágenes de lo divino. Para afirmar a Dios hay que descartar muchos «dioses». A su vez, las supuestas «filosofías no religiosas» esconden algún deísmo o algún absoluto, aunque sea el propio endiosamiento o cualquier idolatría.

⁵ Este esquema también lo usan con frecuencia muchas personas abiertamente religiosas que se identifican como «creyentes». Puede usarse para destacar el especial acto de confianza transcendente. Sin embargo, la insistencia en tal alternativa («creyente»-«no creyente»), sobre todo en el actual contexto de culto a una idea mesiánica de ciencia, provoca incompreensión sobre el fiel religioso. Lo que éste expresa con cierta candidez, es aprovechado por el laicismo para pro-palar que «el no creyente» se rige por la racionalidad y «la ciencia», mientras que «el creyente» se sustenta sobre ideas muy particulares, inverosímiles y puramente emotivas. Desde aquí se pretende establecer como evidente que toda esta esfera «creyente» debe ocultarse lejos del campo de las decisiones públicas. Lo cierto es que *todos somos increíentes de las ideas que no nos convencen y somos creyentes en lo que anima nuestra visión del mundo*. Cuando se proclaman grandes principios o valores, la línea de demarcación entre «lo religioso», «lo filosófico» o «lo político» son imprecisas. Nadie puede demostrar a nadie sus principios. No por decirse «ateo» o «agnóstico» se es menos creyente o más científico. Eso sí, esforcémonos todos, ateos, teístas, deístas, panteístas o agnósticos, en razonar lo más posible nuestras particulares opciones, buscando cauces de encuentro, con gran respeto hacia las personas y dentro de las reglas de la convivencia democrática. Esto exige no valerse arteramente de esquemas que intenten dejar fuera de juego a una parte de la población.

Desde luego, entre los grandes pensadores orientales (hinduismo, budismo, etc.) y en cualquier otra tradición sapiencial prebíblica el dilema entre filosofía y teología ni se podía plantear. *Esta separación absolutizada entre filosofía y teología o entre experiencia filosófica y religiosa para nada se aceptó en los filósofos clásicos grecorromanos que configuraron la disciplina filosófica.* El propio Aristóteles elevó como cima de la filosofía la teología. ¡Con todas las letras! Y su pensar tampoco carecía de elementos dogmáticos o presupuestos.

Luego, desde la revolucionaria distinción judeocristiana entre lo natural y humano y lo sobrenatural y divino, entre el orden de las facultades humanas y el de la gracia sobrenatural, entre la mera ciencia humana y la asimilación racional de la Revelación, *se pasó a distinguir filosofía y teología. Pero se mantenía una plena armonía entre ambas, como entre lo natural y lo sobrenatural.* No en vano la filosofía cristiana parte ora de la Creación de lo natural por parte del Ser sobrenatural, ora de la Encarnación de lo sobrenatural en lo natural para elevación sobrenatural de lo natural. Esta gran armonía de base empezó a concretarse en la espléndida y continua acogida de los pensadores cristianos (sobrenaturalistas) a los pensadores paganos (naturalistas).

En cambio, el Iluminismo del siglo XVIII, que no es toda la Ilustración, no sólo se desmarcó radicalmente de la amplia trayectoria sapiencial cristiana, sino también de la griega naturalista o pagana. En el fondo, el iluminismo neognóstico desafiaba no sólo el orden o cosmos natural (al que se trataba de someter y explotar), sino también el sobrenatural (al que se trataba ilusamente de substituir). *En esta pretendida substitución de la Iglesia se detecta la criptorreligiosidad de los laicismos.* Sólo una «religión» compite con tanto ahínco con otra religión.

Los laicismos se remontan a los antiguos gnosticismos anticristianos y se configuran como neognosticismos, con muy variopintas manifestaciones para todos los públicos: desde las más académicas a las más populares de la «Nueva Era», desde las más violentas a las más pseudopacifistas. Sólo se hicieron fuertes a partir del siglo XVIII entre eruditos. A partir del siglo XX han dominado numerosos Estados y millones de conciencias. Su gran propósito no es su retórica de mejorar las condiciones de vida o la justicia social, sino substituir a la Iglesia o comunidad cristiana universal (y cualquier otra religión). Centra sus ataques en desprestigiar y reducir a la Iglesia Católica, porque sabe que es el núcleo principal y más unido de la histórica comunidad cristiana.

La entraña religiosa de toda filosofía. La criptoreligiosidad de los laicismos

Ahora, *no da igual la religión cristiana, que a la vez es un pleno humanismo, y la religiosidad laicista, que en contra de lo que presume, es más religión esotérica que humanismo.* Mientras que, a pesar de sus desavenencias históricas, la inmensa comunidad cristiana mantiene cierta unidad (sobre todo en su mayoritario ámbito católico-ortodoxo), los laicismos sólo cooperan contra la Iglesia y poco más. Más bien constituyen una red politeísta de grupúsculos abocados a la continua guerra civil (como lo sucedido entre marxistas y anarquistas) o a la dictadura global sobre las conciencias. Sin embargo, el laicismo, que es una desviación de la laicidad cristiana, incluso se arroga ser la única instancia que garantizaría una ecuanimidad estatal. Pero su parcialidad extrema lo inhabilita. Con la excusa de ampliar la separación Iglesia-Estado, con la que prácticamente todos estamos de acuerdo, intenta dinamitar una sana colaboración entre ellos y amordazar en la vida pública la expresión de los ciudadanos con valores helenocristianos o de otras grandes tradiciones.

VI) *La laicidad y la secularidad equilibradas*

La laicidad y la secularidad equilibradas fueron una de las aportaciones más genuinas del mensaje evangélico-apostólico. La Iglesia lo ha mantenido a pesar de algunas desviaciones coyunturales. La secularidad es el corazón mismo del Evangelio. Su mensaje se centra en la Encarnación o secularización de Dios. Dios se une plenamente, físicamente al hombre. Entra en el tiempo, en el «saeculum», haciendo del cuerpo humano el nuevo templo.

En el Evangelio⁶ Jesús instaura un nuevo sacerdocio universal y completamente espiritual. Todos los cristianos acceden al nuevo sa-

⁶ «Evangelio» expresa la religión cristiana mucho mejor que «cristianismo». Este último término es más apto para indicar el vasto fenómeno histórico-cultural en torno al genuino mensaje evangélico. Aunque estén relacionados conviene no confundir Evangelio y cristianismo. Entre ambos se sitúa la comunidad apostólica, *la Iglesia*, encarnación imperfecta del sublime Evangelio, pero que no se reduce a este fenómeno histórico denominado «cristianismo». Por lo demás, el adjetivo «evangélico» ha sido indebidamente apropiado como exclusiva por muchos protestantes, pero en verdad pertenece en primera línea a todos los cristianos. «Ortodoxo» («correcto») o «católico» («universal») son términos más genéricos que pueden asumirse incluso por otras religiones o filosofías. En cambio, «evangélico» expresa el núcleo específico de todo cristiano. Aplicado a personas, recalca su santidad de vida cristiana. Tal vez «evangelístico» sí pueda designar razonablemente alguna corriente particular de cristianos.

cerdocio, que ya no está basado en ofrendas de animales, sino en participar en la ofrenda que Jesús hace de sí. Cada miembro («laikós») del pueblo («laos») es sacerdote desde el bautismo. Queda superado pues el básico dualismo entre clero y pueblo, si bien en un segundo nivel la unidad básica se complementa con la diversidad de funciones que permite un cuidado sacerdocio ministerial. Lógicamente éste requiere una gracia y una preparación especial. El Evangelio apuesta por *la unidad sin uniformismo en el sacerdocio y en la laicidad*. Sin embargo, esto tampoco lo han entendido los laicismos, que han dirigido sus campañas anticristianas cebándose en fobias anticlericales.

Otra consecuencia más social de esta equilibrada laicidad es la neta distinción entre lo político y lo religioso. Precisamente *el sacerdocio ministerial, aparte de su servicio pastoral, permite marcar la clara distinción de la autoridad religiosa respecto de la autoridad política*. «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Que en la historia del cristianismo no siempre se haya cumplido esta distinción, no empaña la aportación histórica del Evangelio y de la Iglesia en este sano ordenamiento social.

La entraña religiosa de la filosofía cristiana se concreta en este novedoso reequilibrio de funciones en lo sacro y en lo político. Aunque solamos mencionarlo como «religión», *el Evangelio es en igual proporción e intensidad una religión y un humanismo*, pues es la religión de la humanización y la humanización de lo religioso. Su Dios es el Dios plenamente humanizado, aun sin dejar de ser Dios y sin antropomorfismos. Unifica en la base sacerdocio y laicado para permitir una posterior distinción entre lo religioso y lo político. En la Encarnación misma, que unifica lo humano y lo divino, lo laical y lo sacerdotal, no se confunde ni lo divino con lo humano ni lo laical con lo sacerdotal. Se esfuman parcialidades teocéntricas o antropocéntricas, pues en Cristo el modelo es a la vez teocéntrico y antropocéntrico, en igual proporción e intensidad. Como reflejo de este equilibrio divino-humano, la Biblia es Palabra de Dios en palabras de hombres, Palabra históricamente encarnada en un pueblo⁷.

En cambio, laicismos y secularismos han surgido como desviaciones del Evangelio. Apenas tienen ideas y términos propios, sino sólo

⁷ Por su parte, el Corán se considera como revelación literal e intraducible para el culto. En su esquema puramente vertical todo es mera palabra revelada. Es más sacralista que humanista. En él no se equilibra lo humano y lo divino, sino que lo que se considera divino, se impone unilateralmente. *Este sobrepeso «divino» en el islam y la consiguiente escasa diferenciación humano-divina dificultan la debida distancia entre política y religión*.

los que deforman del cristianismo⁸, con añadidos paganos. Abigarran elementos paganos y cristianos en contextos capitalistas o marxistas, desencajando al hombre de su auténtica posición en el mundo. Prometiéndole divinidad autoadjudicada, le llevan a un animalismo tecnológico, a una ciber-animalización. Ya proponen en política lo que hasta hace poco era mera bandera de la ideología animalista: el denominado «Proyecto Gran Simio» y su «igualdad más allá de la humanidad». Este «proyecto» rebaja la dignidad humana para equipararla a la de los simios. Lo peor es que para millones de humanos como los bebés su valoración queda por detrás de la de un simio adulto.

La «diosa razón» ya en el siglo XVIII era una razón muy debilitada por el empirismo y abocada al utilitarismo. Desde el sobredimensionado endiosamiento se había de pasar a la autoinfravaloración en la ideología animalista, a la homologación humana con la fauna (homologación escenificada hace meses en el zoológico de Londres⁹). Aún peor es la red de planes eugenésicos a escala mundial. *De un huero antropocentrismo (falso por su falsa confianza en la razón), con trazas autoidolátricas, hemos pasado a un zoocentrismo*, que empieza a degenerar hacia la reducción de la especie humana a una granja planetaria. ¿No existen ya granjas de seres humanos embrionarios? ¿O será cuestión de buscarle eufemismo? La desquiciada reivindicación nietzscheana de lo instintivo está comportando la muerte de la razón. En los países consumistas no está sucumbiendo la sola fe, pues sola no existe, sino la entera razón desde su base. Esto no es percibido con claridad, porque las élites científico-tecnológicas nos siguen sorprendiendo con sus avances monográficos e instrumentales.

Ni siquiera las filosofías secularistas de los siglos XVIII y XIX dejen de animarse desde una cierta religiosidad, desde una absolutización espiritual que alcanza su exposición más orgánica en Hegel y más dramática en Nietzsche. El mismo materialismo en cualquiera de

⁸ Por ejemplo, *el ideal de progreso y la visión lineal de la historia* se deforman en un progresismo fatuo y arrogante ante la historia pasada; *el concepto de dignidad de la persona* degenera en autosuficiencia; *la prioridad cósmico antropológica de la voluntad* se reduce a un voluntarismo tendente al nihilismo; *la básica igualdad universal de la fraternidad* se degrada hasta simple igualitarismo alienante; *la opción preferencial por los pobres* se convierte en excusa para violentas revueltas; *la plenitud de la libertad frente a todo determinismo* se usa como coartada para cualquier abuso antinatural, etc.

⁹ Un grupo de humanos se exhibieron como animales durante días en un espacio reservado a animales del zoo londinense.

sus sentidos es una espiritualidad, pues se trata de una visión espiritual sobre el central valor de la materia. Concretamente, el dios propuesto por Federico Nietzsche se llama en alemán «Übermensch» (traducido como «superhombre», aunque significa más bien «sobrehumano»). La divinidad y paraíso marxista es una futura sociedad sin clases ni propiedad privada (o sociedad privada de toda propiedad). Su profético pionero es el miembro del partido que debe implantar la dictadura estatalista. Así podríamos ir desgranando las peculiares teologías mesiánicas que inspiran las filosofías secularistas. Y no olvidemos que *lo que propiamente quieren los laicismos no es acabar con toda religión, sino imponer arteramente la suya*, su confesionalismo, su espiritualidad, su escala de valores sobre el destino final del hombre. Son arteros porque no dan la cara, no reconocen sus verdaderas intenciones últimas. Muchos de sus defensores muestran poca conciencia sobre sus verdaderos presupuestos. Incluso muchos cristianos confunden el diálogo con la «Modernidad» y la manipulación laicista del lenguaje. Lo moderno no es patrimonio de nadie y menos del laicismo.

El humano que en cualquier época piensa a fondo, se planta ante el Absoluto. Si acierta a experimentar al Absoluto auténtico y personal, se humaniza y personaliza. De lo contrario, se cosifica: desde la alienación de su endiosamiento salta al vacío de su embrutecimiento animal para quedar reducido a mera cosa instrumentalizable.

El resultado de toda la gigantesca manipulación laicista no se hace esperar hasta un más allá. No es un mero adocenamiento intelectual, sino que aquí y ahora, en este planeta azul cada vez más ennegrecido, se perciben dos principales alternativas. *O bien los hombres se liberan y construyen civilizaciones personalizadas y comunitarias centradas en el amor y la sabiduría, o bien se abocan hacia su auto-destrucción moral y física.* Tal disyuntiva apela al fondo de las cuestiones, y no se enuncia en un sentido maximalista de aplicación literal de un código. Y desde luego, cuando peor se pone una situación, más falta hace la calma.

Un paso clave en la opción por la verdad del amor y por el amor a la verdad estriba en recuperar la visión griega de la entraña religiosa de la filosofía, la de Parménides, Heráclito, Sócrates, Platón o Aristóteles, renovados con nuestra percepción mucho más profunda y humanista de lo religioso. La filosofía se ha ido ramificando desde los antiguos tiempos helenos. Muchas de estas ramas no tienen por qué hablar de lo explícitamente religioso. Pero *cualquier filosofía global digna de tal nombre es una forma de pregunta y respuesta so-*

La entraña religiosa de toda filosofía. La criptorreligiosidad de los laicismos

bre el anhelo intelectual, sentimental y hasta corporal de la humanidad en torno a su relación con lo divino o absoluto.

VII) La racionalidad cristiana

La racionalidad cristiana se confunde si se parte de la distinción básica entre «fe» y «razón», porque se da a entender que son radicalmente distintas, que constituyen dos géneros diversos, aunque después colaboren. Algunos incluso entienden que se enfrentan. Sin embargo, no hay por qué recomponer una armonía entre «fe» y «razón»¹⁰, porque la fe cristiana es ella misma razón, es un tipo de racionalidad. Distinto es que no se reduzca a razón.

El manido esquema dualista supone dos realidades bien distintas e independientes. ¿Pero cuándo la razón se reduce sólo a razón? ¿Es razonable una razón aislada? *No existe ni la razón pura (racionalista) ni la sola fe (fideísta).* Al menos en su experiencia cotidiana y en la inmensa mayoría de sus estudios la razón no discurre entre evidencias ni armada de demostraciones ni aséptica de emociones, instintos y fatigas. La razón pura es una mera abstracción, un «flatus vocis». Tampoco es concebible la sola fe, carente de racionalidad, pues sería un delirio, o carente de libertad operativa, pues no sería del sujeto. El racionalismo, como el fideísmo, son tendencias desbocadas, irracionales. Necesitamos mucha racionalidad y mucha fidelidad, mucha búsqueda y mucho encuentro amoroso, pero sobran unilateralidades racionalistas y fideístas.

Lo que se llama «fe» (sobreentendiéndose «fe cristiana») es en realidad *una vivencia global humana en la que destaca no sólo la fe o confianza, sino también la esperanza y, sobre todo, el amor.* Es una

¹⁰ Otros artificiosos dilemas habituales son el de «fe-cultura» y el de «fe-modernidad». La dificultad estriba en que, por un lado, es cierto que «la fe», experiencia de encuentro entre la libertad humana y el don divino, no se reduce a cultura ni es toda la cultura de uno u otro tiempo o país; mas, por otro, la aportación cristiana, representada por el término «fe», no es ajena a la cultura y llega a ser el corazón de la misma en muchos países. *La cuestión real es la de relacionar la cultura (genuinamente) cristiana y el resto de la cultura, o bien la fe cristiana y otras confianzas no cristianas.*

En cuanto a «la modernidad» hay que insistir en que *ninguna ideología o filosofía puede acaparar el monopolio de lo moderno. Los cristianos modernos son modernos.* Unos, adelantados a su tiempo; otros más apegados al presente o a un tiempo pretérito. Y tal es la aportación de muchos cristianos al avance global de la cultura, que sólo desde el oscurantismo más sectario se puede seguir negando modernidad a los cristianos modernos. ¿No son modernos Copérnico, Da Vinci, Descartes o, dando un salto, Gaudí, De Gasperi, Schuhmann y Adenauer?

confianza, una esperanza y un amor dirigidos intensamente a la humanidad y a Dios. Esta experiencia de confianza, esperanza y amor es racional, porque está vertebrada con honda racionalidad en sus contenidos, comunicación y aplicación. La «fe cristiana» es también razón esperanzada y enamorada. Realmente designar toda la religión cristiana como «la fe» no deja de ser una sinécdoque que presenta la parte por el todo. Es un procedimiento legítimo, pero por pedagogía debemos resaltar también otros aspectos. ¡Qué poco se habla de la racionalidad o inteligencia cristiana! Incluso el amor cristiano es menos evocado que «la fe». Nuestro mismo lenguaje nos empuja a cierto fideísmo subliminal y, ante todo, a dar una imagen fideísta.

La «fe cristiana» es acogida racional-volitiva de la Revelación sobrenatural. Ésta se presenta en términos racionales y racionalmente se acoge, aunque no con una racionalidad de laboratorio, sino desde una racionalidad poética, abierta a lo más simbólico. Si ya la fe o confianza cristiana se compone de razón, no cabe mantener el dualismo de razón y fe.

En particular, *recitar conscientemente el «credo» es un acto de altísima racionalidad filosófica y poética.* Explicarlo exige un mayor esfuerzo racional. Y aplicarlo en las cambiantes vicisitudes de la vida es todo un arte. Podemos decir: creo, luego pienso, luego espero, luego amo. Los animales no son religiosos simplemente por no ser racionales. Los niños se abren a una experiencia religiosa consciente en tanto alcanzan el uso de razón.

Importante es la dimensión cristiana designable con el término «fe», pero se abusa de esta denominación de la parte por el todo. Parece que toda la vida cristiana no fuera más que «fe». El resultado efectivo y afectivo ante muchos espíritus, sobre todo hoy en círculos descristianizados, es una verdad a medias y desvirtuada. Hoy resulta muy antipedagógica. *El término «creyente», como exclusivo de las personas «religiosas», y el sustantivo «fe», para nombrar todo lo cristiano, constituyen una convencional verdad a medias.* Si queremos decir personas «religiosas» o «cristianas», ¿por qué esa disolución en «creyentes», cuando en realidad todo el mundo cree en algo? Todos somos creyentes, y algunos que presumen de críticos y «descreídos» son muy crédulos. Si queremos decir «cristianos» o «Evangelio», ¿por qué insistir en «creyentes» o quedarnos sólo en una genérica «fe»? Por querer distanciarse de los racionalismos, se entra en una tendencia fideísta. De un extremo se va al otro, aunque los extremos se tocan. Ya el racionalismo entrañaba una ciega fe en la razón, un fideísmo de la razón.

Todos somos «creyentes». La razón construye creencias. Éstas a su vez estimulan la razón. Todos creemos porque razonamos y razonamos porque creemos. Las diferencias se marcan por el grado de racionalidad y de emotividad con que abrazamos una argumentación. En realidad todo humano tiene «fe», sea ésta o no implícita o explícitamente religiosa. Incluso a un animal, como un fidelísimo perro, podemos atribuir «fe», «confianza». Pero no le podemos atribuir religión ni responsabilidad moral, ambas íntimamente unidas, justo porque carece de racionalidad. *Los seres humanos somos religiosos porque somos racionales.* En esta línea de racionalidad religiosa y humanista, el Evangelio y la Iglesia han desarrollado una gran sabiduría, como se patentiza por ejemplo en su filosofía, su teología, su derecho y en toda su obra cultural.

Si nos centramos en el aspecto de fe o confianza, *la fe o racionalidad cristiana es una confianza enamorada de Dios revelado en Jesucristo.* Tal confianza no es ciega ni miope, sino que constituye un acto de razón. La fe cristiana es un acto de elevadísima racionalidad enamorada de Cristo.

Dicha racionalidad se manifiesta en *la magnificencia intelectual de la milenaria teología cristiana.* Su identidad específica se ha ido enriqueciendo por un diálogo con numerosísimas filosofías y culturas. Más ampliamente, esta racionalidad se muestra en todas las innumerables aportaciones culturales (científicas, artísticas, políticas, jurídicas, etc.) que el Evangelio ha inspirado y promovido en los cinco continentes a lo largo de más de dos mil años. Desde la desacralización de la materia y del poder político la sabiduría bíblica ha alentado descubrimientos insospechados.

La armonía que ha de explicarse se establece entre la confiada racionalidad cristiana y la racionalidad general. Ahora bien, no puede aislarse esa racionalidad general en estado puro, sino que el diálogo con la racionalidad general se renueva entrando en comunicación con las racionalidades de las distintas culturas, autores y épocas.

La confianza racional o razón confiada de los cristianos, que ante todo es razón enamorada, surge del encuentro entre la búsqueda personal de la verdad primera y el don o gracia divina de la verdad. No se reduce a un mero acto cognoscitivo, ni a un acto sentimental, sino que es un actuar y un sentir globales de la persona. Es acción y es pasión. Entraña una apertura muy sentida al bien moral. Creer o confiar sensatamente en Dios es confiar en el Bien absoluto o pleno.

Sabemos que, si pensamos en serio, o creemos de verdad en Dios o nos creemos dioses (a nosotros mismos o a nuestros ídolos).

La fuente divina de conocimiento y vivencia no es «la fe», sino la Revelación que de sí hace Dios, dada en Jesucristo a través de sus Apóstoles y la Sagrada Escritura, clarificada según la interpretación comunitaria y actualizada de la Iglesia. *Dios se revela en términos racionales (por ejemplo, la Biblia) para ser progresivamente comprendido y contemplado por seres racionales.* Ahora, el hombre es algo más que mera razón y Dios habla, con paciencia, al hombre completo.

Cuando se acoge de corazón la Revelación cristiana, el deber y la posibilidad de razonar no sólo no menguan, sino que crecen enormemente. Sobre lo que Dios nos dice en términos racionales, hay mucho que clarificar, discernir y aplicar en muy diversas situaciones. La Revelación bíblica no es un recetario dogmático, sino un texto narrativo, reflejo de una larga historia y un milenarismo desafío a la racionalidad profunda y colectiva. Ahora, el desafío racional se extiende a todas las potencias humanas. Con la Revelación el hombre descubre más fidedignamente tanto a Dios como a sí mismo.

El Evangelio no es unilateralmente «teocéntrico», sino que es a la vez y en la misma medida *teocéntrico y antropocéntrico*, pues está centrado en la plena unión, sin confusión, de la humanidad y la divinidad en Jesucristo. Él es el modelo y la base de la conciliación perfecta entre Dios y la humanidad. El Evangelio o Buena Nueva es tanto una religión como un humanismo.

Por esto, la propuesta cristiana es en su mismo núcleo una secularización, una laicización frente al sacralismo religioso pre-cristiano. Como ya hemos señalado, *lo cristiano consiste precisamente en que Dios se seculariza, se encarna, se hace parte de su pueblo y de su Iglesia, como un laico más.* No obstante, desde esta laicidad o ciudadanía espiritual se descubre un nuevo sacerdocio universal y más profundo: un sacerdocio laico, base del especial sacerdocio presbiteral. Y desde tal secularidad llega una nueva sacralidad más sutil y espiritual, que a la vez descubre la propia sacralidad del cuerpo como verdadero templo vivo. Toda esta laicidad y secularidad equilibrada se distancia tanto de los sacralismos teocráticos como de los laicismos o anticristianismos.

Por distantes que resulten los sacralismos y los laicismos, ya por estrategia ya por convergencia, realizan una *pinza yijádico-laicista* contra la racionalidad humanista y particularmente contra la cristiana. Basta observar dónde siguen más perseguidos los cristianos en el mundo: en dictaduras islamistas y en dictaduras estatistas de inspi-

ración marxista. En países de tradición cristiana y que hoy combinan el capitalismo consumista y cierto parlamentarismo la pinza se establece entre el estatalismo demagógico y el esoterismo neognóstico.

La integradora racionalidad cristiana avanza a través de paradojas, que superan contradicciones y aplacan tensiones previas. La paradoja central es la unión de Dios y el hombre, y desde ahí surgen las demás uniones paradójicas: la del Ser perfecto y trascendente que acoge la extrema debilidad humana de quien asume una muerte de esclavo en cruz; la del laico que es a la vez sacerdote, gracias a un renovado sentido de sacerdocio puramente espiritual y universal; la de la razón que se abre a la plenitud del corazón.

VIII) Voladura del esquema «fe-razón»

La racionalidad cristiana debe superar el planteamiento dualista fe-razón y otros similares ya señalados, como el de «fe-cultura». Hemos adelantado algunos argumentos en contra de tal dualismo. Ahora hacemos una exposición sistemática de argumentos. Son de tipo psicológico, epistemológico, teológico, histórico y retórico-pedagógico.

Desde el orden psicológico ya encontramos un argumento definitivo. *Las únicas facultades psíquicas superiores del hombre son su inteligencia (racional) y su voluntad. No existe una facultad denominable «fe»*. Lo que se llama «fe», resulta de combinar razón y voluntad. Es un acto de inteligencia volitiva o voluntad inteligente. Por tanto, es ilógico presentar en un plano de igualdad «fe» y «razón» para ver después si se enfrentan o concilian.

Epistemológicamente encontramos que *el acto o estado de fe cristiana radica en un acto o estado de elevadísima racionalidad filosófica*. El «credo» de Nicea, por ejemplo, es una magnífica síntesis metafísica de la que surgen una armoniosa antropología y una ética capaz de construir civilizaciones. Tal acto o estado es de profunda y amplia racionalidad. Ahora, como es normal en todo hecho de razón, la racionalidad confiada de los cristianos se entreteje con impulsos volitivo-emocionales. La fe cristiana es razón, y muy profunda, pero no se reduce a razón, pues lo más racional es no reducirse o encerrarse en lo rígidamente racional. La fe cristiana, integrada en el conjunto de la vida cristiana, es razón enamorada (de Cristo). Los cristianos razonan y Cristo los enamora con su don sobrenatural y sus sabias palabras.

Los argumentos teológicos son varios. En primer lugar, aunque el planteamiento aparezca desde la patrística, *no es bíblico*. En el Nuevo Testamento se presentan varias contraposiciones y dualidades como la de fe o gracia frente a las obras de la ley, o la sabiduría de Dios (que a muchos parece necedad) frente a la necedad del mundo (que se presenta como «sabiduría»). En todo caso, la razón, la inteligencia, la prudencia, la sabiduría e incluso la astucia vienen elogiadas. Todo, menos ser necio. Jesús reprende a sus discípulos no sólo por su desconfianza, sino también por su torpeza. Sólo el «sabio» que pierde la sencillez de corazón, es desdeñable. La Biblia nos invita a dar razón de nuestra fe, a discernir constantemente, a captar los signos de los tiempos. La Escritura no sólo invita a creer o confiar en el amor de Dios, sino que a la vez enseña e insta a pensar con exactitud y hondura, escrutando, meditando, escuchando y resolviendo.

En segundo lugar, *el dualismo fe-razón resulta teológicamente reduccionista*, porque su reiteración obscurece no sólo la entraña racional de la propia fe, sino también las virtudes teologales de igual nivel que el de la fe: la esperanza y el amor. Éstas son mucho menos mencionadas junto a la razón. El dilema es reduccionista para el conjunto de la vida cristiana, que es mucho más que mera fe.

En tercer lugar, este dualismo *desplaza la verdadera exposición de los polos del encuentro en que consiste la vivencia cristiana*: la Revelación divina en términos racionales y la correspondiente acogida humana racional-volitiva.

En cuarto lugar, si no se acierta a armonizar lo que artificiosamente se ha separado, este dualismo *propicia extremismos y unilateralidades fideístas o racionalistas*.

Desde la perspectiva histórica emerge la inmensidad de la obra racional cristiana en todos los campos de las ciencias y las artes con una continuidad milenaria y abarcando los cinco continentes. *En toda esta monumental obra histórica resulta inextricable lo que puede atribuirse por separado a «la fe» o a «la razón»*.

En cuanto a la expresividad retórica y pedagógica hay que advertir que *por sí solo el vocablo «fe» evoca hoy fuertes connotaciones de mero sentimentalismo y autosugestión*. Se percibe más como experiencia de clausura subjetiva, que de apertura al mundo y a la transcendencia. Se tiende a concebirlo con rasgos irracionalistas, que dificultan su enlace con la razón. Conviene, pues, evitar esta presentación dualista entre fe y razón. Lo que abre otra perspectiva es hablar de «razón confiada», de «racionalidad cristiana», de «confianza racional» o, más ampliamente, de «vida cristiana».

La entraña religiosa de toda filosofía. La criptorreligiosidad de los laicismos

IX) Entremos en razón... enamorada

La razón cristiana alcanza su expresión más acabada en una racionalidad poética, que, mejor que ninguna otra expresión racional, manifiesta la unidad de la inteligencia humana en su universalidad y creatividad. Sí, la razón enamorada es razón poética¹¹, inteligencia y sentimiento armonizados, discurso e intuición entretnejidos. Es razón comunicativa, verbal, y es razón estética. La razón enamorada es razón filosófica. Así es porque la filosofía es amar la sabiduría: es amar la racionalidad más profunda y es la razón más enamorada. Una razón enamorada cobra alas, contempla y se abre al absoluto. La razón enamorada no puede sino ser filosófica y abrirse a la sabiduría absoluta. *La filosofía, como razón enamorada, descubre así su entraña religiosa, su vocación al absoluto.* La principal experiencia de absoluto es el amor. Por esto, la filosofía, al ser un gran amor, es religiosa. Guste o no.

Aún cuando la razón enamorada que tanto encarecemos como necesaria para la humanidad, no fuera la cristiana, valdría la pena. Sin desmerecer la crucial experiencia de encuentro personal inefable con la gracia, para nosotros la vía más racional es la cristiana. Por esto la proponemos en este escrito filosófico. Es la más racional porque responde mejor a las grandes aspiraciones personales y sociales de conciliación humano-divina y porque abre con la máxima intensidad al máximo valor humano, el amor. Desde la razón enamorada el humano se humaniza más y mejor. Al fin y al cabo, *para el humano lo más racional es lo que más lo humanice. Y lo que más nos humaniza es la continua experiencia de amor.* Entremos, pues, en razón enamorada.

Octubre de 2006

Pablo López López
IES Campos y Torozos
Medina de Rioseco (Valladolid).

¹¹ Varios pensadores han elaborado conceptos semejantes en uno u otro aspecto. *María Zambrano*, por ejemplo, propone su «razón poética», aunque a la vez enfatiza mucho lo que ella considera la histórica disputa radical entre filosofía y poesía. Estimamos que se trata de una disputa ficticia, pues la historia cuenta con numerosísimos grandes filósofos-poetas y grandes poetas-filósofos. Y los simples filósofos restantes no se reducen a un grupo de racionalistas ajenos a la sutileza de la inspiración poética. *Pascal*, por su parte, es célebre por sus «razones del corazón». Mucho antes, *Agustín de Hipona* centra nuestra mirada racional en el amor como eje personal y de la historia.